

EDITORIAL

Con motivo del reciente Congreso Nacional, en Temuco, varios colegas expresaron -en diferentes oportunidades y situaciones- la necesidad de fomentar una actitud crítica en la arqueología chilena. Tratando de sintetizar muchas y diversas opiniones: existe la sensación de que en este tipo de congresos se está privilegiando la cantidad de ponencias, en desmedro de su calidad; que algunos participantes presentan trabajos más con el afán de publicarlos que de comunicar algo que realmente valga la pena (hay una impecable tradición de publicación de las Actas y una concomitante escasez de revistas especializadas); que los espacios y modalidades para discutir dichas ponencias en las sesiones suelen no ser los más adecuados; y que, en general, los participantes no están suficientemente preparados para (o dispuestos a) criticar la ponencia de otro o recibir críticas a la propia.

Coincidimos con este diagnóstico, pero creemos que el problema trasciende el plano de los congresos nacionales. Salvo las ricas discusiones que tuvieron lugar en tiempos de Guevara, Latcham, Oyarzún y Uhle, y algunos atisbos de debate que se han producido en forma intermitente, particularmente a partir de los años sesenta, la arqueología en Chile es una disciplina que se ha desarrollado básicamente al margen de una crítica científica. Esta situación permea todas las actividades del quehacer arqueológico, incluyendo no sólo a los congresos nacionales y sus actas, sino también a los talleres, simposios y publicaciones en general. La crítica es estas últimas -cuando la hay- suele ser críptica, oblicua o melindrosa.

En los últimos 10 años, sin embargo, pareciera haberse producido una coyuntura favorable. Nos referimos a la práctica -como cosa corriente, no esporádica- de acudir a consultores externos calificados, para revisar tanto los artículos remitidos a revistas nacionales especializadas como los proyectos enviados a agencias que porporcionan fondos para investigación. Por supuesto, estas tareas no han estado exentas de problemas y deficiencias (e.g., véase Boletín N° 6, 1987: 12-13). Pero, en general, diríamos que la interacción entre editores, comités de estudios de proyectos, consultores y autores, ha tendido a generar un incipiente espíritu crítico. Al menos, pareciera haber producido un saludable fogueo; hemos aprendido a hacer críticas y a recibirlas ... a menudo en forma constructiva. Evidentemente, aún ejercemos nuestro escrutinio desde el cómodo reducto del anonimato. Tenemos todavía una cierta reticencia o inhibición a plantear críticas al trabajo de nuestros pares en forma abierta, como también a exponernos voluntariamente a ellas. No es este editorial, por cierto, el mejor lugar para discutir por qué esto es así. Tal discusión debiera ser, más bien, materia de un debate amplio, que recogiera los puntos de vistas de todos.

En este sentido, hacemos un llamado a los miembros de la Sociedad para que emitan opinión al respecto. Los instamos a enviarnos sus planteamientos, para ser publicados en los próximos números de este Boletín.

No deseáramos acotar de antemano un debate cuya riqueza podría derivar, precisamente, de las diferentes perspectivas y experiencias personales de los distintos colegas. Sólo queríamos sugerir -a modo de orientación- algunos puntos que pueden ser objeto de discusión. Sería interesante, por ejemplo, recibir opiniones sobre lo que ha sido o podría ser el ejercicio de la crítica científica en diferentes contextos, tales como los de quienes escriben un artículo o proyecto, presentan o escuchan una ponencia, dirigen una revista, editan un libro de varios autores o son requeridos como consultores externos para cualquiera de estas instancias. Igualmente interesante sería el que nos preguntásemos por el tipo de crítica que deseamos en nuestro medio. Existe la percepción de que en algunos países latinoamericanos, donde el debate abierto es cuestión de todos los días, la crítica ha sido más ad hominem que ad opus, con resultados a veces deplorables para la disciplina, para la integridad de la comunidad científica y para la propia crítica. En nuestro caso, estamos en una posición

inmejorable para anticiparnos a este problema, "rayando la cancha" en la que estaríamos dispuestos a dar curso a nuestro espíritu crítico.

Cualesquiera sean los temas, puntos de vistas o dimensiones que, en definitiva, se expongan en el debate al que estamos invitando, nos asiste la convicción de que éste será de enorme utilidad para el desarrollo de la arqueología en Chile. Lo único que no debiéramos hacer, es soslayarlo. La profesionalización de nuestra disciplina así lo exige. Después de todo, la arqueología es una ciencia y la crítica es inherente a ella.

Dirigir la correspondencia para el Boletín a:

José Berenguer R.
Museo Chileno de Arte Precolombino
Bandera 361
Santiago

**MESA DIRECTIVA
PERIODO 1991 / 1994**

Por acuerdo de sus miembros, ha quedado constituida la mesa directiva de la Sociedad de la siguiente manera:

Fernanda Falabella Gellona	Presidente
Eliana Durán Serrano	Secretaria
Mauricio Massone Mezzano	Tesorero
Carlos Aldunate del Solar	Director
José Berenguer Rodríguez	Director

El señor Carlos Aldunate es el representante de la Sociedad ante el Honorable Consejo de Monumentos Nacionales y el señor José Berenguer, editor del Boletín.